

La Colmena *Pliego de poesía*

HEBER SIDNEY QUIJANO HERNÁNDEZ

TIERRA DE NADIE
(EL ESPÍA)



REVISTA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO

Número 55, julio-septiembre, 2007.

ILUSTRACIÓN DE PORTADA: Bernini, *Apolo y Dafne*, (1622-1625), mármol, 243 cm.

La buena lluvia está más allá de la desolación
pero en la espera está la dicha más completa

EUGENIO MONTALE

I

En el principio de la lluvia
como rasgo indefinible de la sombra
nació tu pelo

y la sonrisa se irisó cascada
y el arco iris tiñó el Caos

buuUUUum

corrió la noche como tinta indeleble
y sus huecos fueron nubes, galaxias

hoy desde el extremo más lejano de la lente
parece que te alejas

II

hízose pues la llaga supurante,
las candentes llamas de lava
luciendo malvas, roca candente,
magma de las entrañas

hízose pues la nube
que cubre mis ojos vidriosos,
sus gotas de ámbar
alimentan las huertas
los trigos que trinan
su dorado responso

hízose pues la danza
de vapores de tan peculiar pareja
que parecía perfecta
esa noche en la noche

III

y la lluvia no cesó
siguió mares molestos
con su música de vendavales

en su inmenso abismo
murieron el vacío, los huecos
entre partículas de oxígeno
y una espuma de musgo
—la luminiscencia— fraguó
su eco azul, su sonido sordo

y trajo también medusas
fosforescentes, fugaces,
fumándose sus luces,

allá, abajo, abisal fondo,
fuimos efervescencia

IV

pero vino la cola del cometa
consumiendo con su fragor
el febril frío del sudor salado
que se queda entre los poros
como cañadas, como cuencas
como trompetas que nos convocan
a callar, mientras truena
su rápido grito de guerra

vino, viene, nos lleva
y alguno de los dos cuenta
las horas en que la lluvia no cesa

V

al fondo de la lente
quedan páginas inermes
con su intermitente telegrafía
de súbitas miradas entre dientes,
mordidas de hormiga,
musgo de alfombra

que alimenta a la liebre
que desde la luna nos mira

quedan todavía mudas
las arias de los lobos

quedan todavía agrias
las paredes que escalaron los caracoles
en su infinita competencia,
su inconmensurable silencio,
su húmeda salinidad
que juega con los ecos de tu axila,
los nervios de tus muslos
con la órbita en tu ombligo,
en que me finjo satélite
prófugo, esfinge, fugitivo

VI

el sonido se tiende flecha,
y su estela es cordel
en que se secan
al sol turbio y sediento

tus prendas —follaje y madera—
como partitura de sinfonola
que giran ciegos cilindros
que estiran la mano
como puentes levadizos

se sube a su carrusel de yunques
que granizan, revientan, truenan
mientras, trovador errante,
le pido a la musa permiso
para que suene mi fuente a cascada

VII

pero salió de mi boca llovizna
iridiscente, magnética, digital,
óptica en sus refracciones de fibra,
como calamidad de polvo
y calamares de cables:
cobre, sulfato, fósforo y asfalto

su trino húmedo de savia
silba jilguero acanalado de hule;

sobra decir que levantas la bocina
para oír mi monzónica arenga
bajo tus gargólicas alas de tejas

VIII

con la luz, la lluvia y sus silencios
fuémonos desgajando de colores,
devastándonos en bermejos sepias los aromas,
derruyéndonos en cobaltos escarlatas la orilla,
en trazos aguamarinas las montañas,
en escarpes escondidos tus senos
desde mis manos torpes y calladas
que se ponen a contar
el azar de tus movimientos
y escarban su calcio
entre las minas de grafito

IX

mientras,
tu estructura de burbuja
sube los andamios verticales,

las escaleras de buganvillas,
los óseos acantilados
que te lleva mi sombra a escondidas,
cómplice de secuestro
y acusada de rapiña
junto a los buitres indiscretos
cuando el sendero está en silencio

todavía caen gotas de los pinos
hacen lagos en que beben los conejos
que nos miran viéndolos nadar
en su mar lívido y verde
como manatíes en celo

el sendero está callado,
amable, nos permite mirarnos
mientras los pinos ramifican
en mapaches sus brazos por la tierra

X

el aire que resollan las luciérnagas
—frágiles navíos verbales—
se queda náufrago en la saliva
y en su oleaje, vértigo de lunas,
luce siempre su lápiz plateado
puliendo, siempre a la deriva,
su luz de lámina y hojalata,
su luminosa cinematografía
que camina, lenta, en las ventanas

XI

pero la duda, ni tarda ni perezosa,
duplica sus asombros y sus recuerdos
y se yergue frontera de adoquines
en que anidan quiscos y quimeras
dura una eternidad obstinada
como la prudencia de Sherezada
como el delta del río sosegado
que escucha, callado, a su predador

y suenan las campanas
ding dong dong dong
como escudos dorados
que callan al sol
ding dong dong dong

XII

el palacio del bosque
resguarda su manantial
con la indiferencia del verdugo,
y corre su cauce como siempre,
como súbito vena de ansiedades
que se desatan mi camisa de fuerza
sudada, desquiciada de desdenes

y es tu caudal de fantasmas
su dique más preciso, más sincero,
aunque en la torre esté escondida
la princesa de los cuentos
y el dragón te seduzca en días de quincena
y fines de semana

XIII

para pronunciar tu nombre
caerán aludes, rocas entusiasmadas

por su baño de mar y arena
resonaré huracán al norte de tu cuerpo,
alisio torbellino al sur,
y al centro tu faro de prudencia
pondrá su muro de silencio
tu eco
tu espuma

resonará la lluvia
y el aliento que envenena
—vaho que empaña los cristales—
repta las paredes de mi cuarto
como lagartija a mediodía,
como lechuza por la noche,
y cuando se estaciona
en la esquina de la araña
se convierte en grieta

por la que se derrumba mi atalaya
y escapan gases de ciénaga
que asesinan algunas orquídeas
ausentes en las lista de botánica,
mientras, como nube, tu aliento sube
sus muros de diluvio

alguien huye y, en mi celda,
me tapa la lente:

HEBER SIDNEY QUIJANO HERNÁNDEZ. Originario de Metepec, Estado de México. Licenciado en Letras Latinoamericanas (UAEM). Premio Internacional de Poesía "Gilberto Owen Estrada" 2006 por su primer libro *Derroteros del alba* (*Variaciones sobre el deseo*).

